

Cenas políticas y otras cosas

EMILIO ROMERO

PILAR Urbano ha escrito una deliciosa crónica sobre las cenas y todo ese enjambre variado que es el centrismo y la derecha española. Parece que las fronteras se han roto y comen todos con todos. El centrismo tuvo su momento de arrogancia e instaló a la derecha en el suburbio. La necesitaba, precisamente, para ser centrismo en aquella alternativa a la izquierda. Después el centrismo de aquellos personajes se vino abajo, por las querellas y las ambiciones de poder, y la derecha fue reflatada.

Se fueron a pique los centristas, pero el centrismo no muere, porque hay mucha gente sin instalar, y se sigue hablando de ese espacio que hay entre lo que representa Fraga —la identidad conservadora— y el socialismo. Ocurre que ya se fueron con Fraga dos familias de liberales y los democristianos; pero aún quedan muchos centristas fuera, y entonces sigue existiendo el espacio y sigue siendo necesario el centrismo.

DE otra parte, se piensa que las urnas son difíciles para la derecha, mientras que son más fáciles para la izquierda. Pero ahí está el desgaste de poder del socialismo. Entonces el centrismo y la derecha tienen que reagruparse, y empiezan las cenas.

Ocurre también que en cada partido hay sus capillas, por lo cual ningún partido, grupo, clan o familia son completamente homogéneos. La misma operación reformista es un pequeño rompecabezas, y en los mismos partidos que integran la Coalición Popular existen también los de fulano, o los de mengano. Lo que es admirable es el idealismo, la prudencia, la buena fe y la falta de vanidad de algunas mujeres que voy conociendo en estos últimos tiempos. El otro día entrevisté por la radio a Ana Balletbo, socialista, y es un ejemplo de discreción, de brillantez y de recursos; y no aparece clasificada en las bandas de su partido; y si estuviera, no se la nota. Otro caso es el de María Antonia Suárez, de Alianza Popular. No se oye de su boca una palabra crítica a nadie de su partido, y mete en el mismo talego el entusiasmo y la decepción.

Hay otro personaje femenino en la política, de mucha clase, estilo y fe en lo que hace; es Lina Ortas, del partido de Oscar Alzaga. Es solamente un relato de deseos, de trabajo, de responsabilidades. Lina Ortas es una joya de imagen en su partido.

Digo todo esto porque todo lo que hemos imputado socialmente a la mujer como distribuidora de noticias, de confidencias, de censuras, de críticas o de malas famas, y solamente por un amor a la locuacidad, en la política to-

do esto es patrimonio de los hombres. El tóxico de la política invade a una buena parte de nuestras personalidades, y luego el periodismo entra a saco en todo este patio. Unicamente les falta a todos estos políticos la locuacidad principal, y que es el modo de aguantarse, de soportarse, de padecerse o de congratularse para fabricar una opción vigorosa de poder a quien obligadamente, se está gastando, y que es el socialismo. Este es un camino fácil, claro, abierto, pero los personajes prefieren ir —no sé si al mismo lugar—, pero por vericuetos.

El tema Ferrer Salat

Todos los días está en los periódicos el tema de Carlos Ferrer Salat, respecto a su posible inclusión en Alianza Popular o en la Coalición. Me parece excesivo el tratamiento de éste asunto. Carlos Ferrer Salat tiene una biografía —y además brillante— para estar donde debe, y que no es en otra parte que en la derecha, cualquiera que sea el espacio. Tampoco se debe manejar excesivamente la condición de empresario, sino la de quien sienta una política o una ideología que respete las libertades. Todavía no se ha enterado el centrismo y la derecha —en algunos de sus personajes— que la vieja imagen de burgués, de capitalista, de creyente, de empresario, de instalado o de rico ya no es la imagen de la derecha moderna. La nueva situación se ventila en cuanto a las porciones de libertad que defiende cada uno. La historia —mágicamente— ha puesto en las manos de la derecha la imagen de las libertades, tanto para la



empresa libre y economía de mercado como la enseñanza; tanto para la libertad de expresión como para la libertad de asociación. Así es que «**liberales** —en buen sentido— **de todo nuestro país, uníos**».

Dos monstruos artísticos

Esta crónica no debe registrar solamente acontecimientos políticos, sino otras relevancias, y escojo dos fabulosos personajes escénicos: Lina Morgan y Moncho Borraro. La noticia de Lina es por un desprendimiento de retina que padece. El asunto me es familiar, y comprendo su preocupación. Está en buenas manos, en las de Alfredo Muiños, en la clínica Barraquer, y saldrá airoso. Algo parecido le ocurrió a esa otra admirable actriz, Concha Velasco, y después de eso hizo su Teresa de Jesús fantástica. Pero ésta es una ocasión para reafirmar lo que he dicho otras veces. El teatro español, desde sus orígenes, no ha producido una actriz más extraordinaria en lo cómico o burlesco que Lina Morgan. Creo que merecía la pena este recuerdo y el deseo de un restablecimiento próximo.

Otra novedad para mí ha sido el descubrimiento del actor —en el género del humor— de Moncho Borraro. Hago la misma afirmación tremenda. No tengo noticias, en la historia del humor escénico español, de un caso parecido a este personaje. Es más importante que Charlot. Su espacio de humor y de interpretación es infinito, y su capacidad de improvisación es verdaderamente genial. El público se transmite la noticia de un genio y abarrota a diario la sala donde actúa. Lo único que podría ser discutible sería el exceso de procacidad, pero en ningún caso empaña la descomunal categoría de este actor. Tengo un largo recorrido de espectador de teatro y he visto nada semejante a esto. Por eso me parece justo proclamarlo.